

Pasó cuatro años en este lugar, y habiendo ido después á la montaña en que la emperatriz Eudoxia había tenido coloquios de piedad con san Eutimio, pasó allí toda la noche en oración. Durante su oración, se le presentó un ángel todo resplandeciente por una luz celestial, y le dijo : « Si tú quieres, para la gloria de Dios, formar en esta soledad como una ciudad de santos habitantes, baja hasta el torrente por la parte de Oriente, desde donde verás una caverna en que jamás ha habitado nadie. Escógela por tu morada ; y aquel que con su providencia nutre á las bestias de carga y á los pequeños cuervos, también cuidará de tu sustento. »

Esta caverna estaba en una montaña por cuya cima pasa el torrente de Cedrón, á cuatro ó cinco leguas de Jerusalén y á tres de Belén. No le fué difícil á san Sabas el descubrirla así que hubo bajado á la orilla del torrente, ó sea al lugar que el ángel le había indicado. Empezaba sus cuarenta años cuando entró en esta caverna ; y para marcar aquí todas las épocas de su historiador, era el año en que el patriarca Anastasio murió y tuvo á san Martirio por sucesor, y el mismo en que el emperador Zenón habiendo vencido á Basilisco, <sup>1</sup> volvió á tomar el gobierno del imperio. A buen seguro que Cirilo especifica estas épocas porque esta caverna empezó desde entonces á ser santificada por las eminentes oraciones del gran Sabas, en la cual levantó la famosa *laura* que fué la madre de muchas otras, la que siempre conservó el nombre del Santo.

Como sólo se podía pasar á ella con muchísima dificultad, san Sabas se vió obligado á componer una maroma, que suspendió á la entrada, de la cual se servía al subir y bajar para no exponerse á dar un paso falso que le precipitase en el torrente. Esta sogá aun le servía más cuando llevaba el agua que necesitaba, que iba á buscar dos leguas

<sup>1</sup> Es en el año 475, que Zenon, vencedor de Basilisco, volvió á Constantinopla.

lejos, en una fuente llamada *heptascoma*, ó de siete bocas, porque la del torrente no era buena. Poco tiempo después de haberse establecido allí, pasando por ahí cuatro Sarracenos, quisieron intentar subir ; pero no sabiendo bien las direcciones que debían tomar, por presentarse, la peña escarpada por todos lados, el Santo, quien se apercibió de su embarazo, les tiró su cuerda con la cual subieron. Lo hallaron sin la menor provisión, pues no tenía más que su vasija de agua y sólo comía yerbas y raíces que crecían sobre la montaña. Quedaron maravillados de un despojamiento tan grande, y juntando el afecto á la admiración, después lo visitaron de tiempo en tiempo, llevándole pan, pequeños quesos, dátiles y otras cosas que podían recoger.

Hacía ya cinco años que vivía en esta caverna, no pensando más que en purificar su espíritu y desapegar su corazón de los objetos criados para hacerse cada día más digno de unirse á Dios por una amorosa contemplación, cuando este divino Maestro, quien lo había conducido á este lugar para que ejercitase á los otros en el santo combate contra los demonios y las humanas pasiones, lo hizo conocer á muchos y le llevó discípulos. A la sazón contaba cuarenticinco años, y se asamblearon con él setenta solitarios, quienes vinieron de diferentes lugares del desierto para ponerse bajo su dirección. Los principales fueron Juan, Jaime, Firminio, Severiano, Juliano, quienes con el tiempo fueron todos superiores ó fundadores de diversas *lauras*, de que hablaremos en el capítulo siguiente.

Señaló á cada uno una pequeña celda, ó una caverna ; pues habían muchas en esta montaña ; y tuvo la satisfacción de verlos á todos llenos de buena voluntad, del espíritu de Dios y de ardor para la mortificación. Se les podía llamar, dice el monje Cirilo, un coro de ángeles, un pueblo de valerosos combatientes, una ciudad de santos religiosos, y compararlos al sacro colegio de los setenta discípulos de Je-



sucristo. Y para regularlos mejor, construyó una *laura* muy espaciosa sobre una colina, que estaba al norte del torrente, con un pequeño oratorio en medio, en el cual levantó un altar; y cuando algún sacerdote iba á visitarle, le rogaba que celebrase en él los divinos Misterios; pues su humildad le había impedido que se dejase ordenar de presbítero.

Por más que sus religiosos le hubiesen escogido por superior y su Padre, él se consideraba como su servidor y como el último de todos, y se ocupaba en los más bajos empleos, sirviéndoles de modelo de perfecta humildad. Las instrucciones que les daba eran admirables. Los animaba á ser enérgicos contra los asaltos del demonio, á que no se dejasen abatir por tristeza en las diferentes tentaciones de que se hallaban atacados; y les decía sobre todo, que aquel que ha renunciado al mundo para consagrarse á Dios, debe vivir en la espectación de los bienes eternos, y no relajarse en los trabajos de la penitencia escuchando la desidia de la naturaleza. Así nutriendo espiritualmente sus almas con su ejemplo y sus palabras, les daba un santo vigor y alas espirituales para elevarse al cielo con la práctica de las virtudes más perfectas.

La dificultad en tener agua dió ocasión á un milagro bien capaz de confirmar á sus discípulos en la justa confianza que tenían en su virtud. Hemos dicho que debía traer cuanta necesitaba de dos leguas lejos; quiso, pues, ahorrarles este trabajo, y se dirigió á Dios con viva fé para obtenerla: « Señor, Dios de las virtudes, le dijo, si vos habéis escogido este lugar para ser en él glorificado por vuestros siervos, dignaos para nuestro consuelo hacernos hallar el agua que necesitamos, y que esté en un lugar más próximo. » Después de esta breve oración oyó que un asno silvestre rebuznaba en la falda del monte y cerca del torrente; y al favor de la luna que estaba en su pleno, pues era por la noche cuando oraba, vió que este jumento pateando hizo

un hoyo en la tierra, del cual salió agua que bebió. Señaló bien el lugar, y habiéndolo excavado, descubrió una cristalina fuente que dió agua en abundancia sin que jamás se secara, ni aun en las mayores sequias, por mas que todos sacaban cuanta querían. Dice el monje Cirilo que aun existía en su tiempo.

Otra vez, el Santo descendió de su caverna en medio de la noche, y se puso á pasear recitando salmos. Al momento, mientras oraba, vió al oeste del torrente una columna de fuego que se elevaba de la tierra al cielo. A la vista de tal fenómeno su corazón quedó sorprendido por una doble emoción de horror y de alegría, y le ocurrió esta exclamación del patriarca Jacob: *Este lugar es terrible; es sin duda la casa del Señor.* (Gen. 28). Sin embargo continuó su oración lo restante de la noche, y al rayar el alba se fué al lugar en que había visto esta columna, donde halló un antro muy espacioso, cortado en forma de iglesia, y parecía que la mano de Dios lo había formado espresamente para servir por su culto. Hizo en él algunas mejoras para acabarlo de perfeccionar, y lo destinó para celebrar los divinos Misterios el sábado y domingo.

Mientras tanto su congregación se hizo más considerable, reuniéndose poquito á poco hasta ciento cincuenta religiosos; lo que le obligó á multiplicar las celdas, tanto por una como por otra parte del torrente. Fué también necesario comprar bestias de carga para el servicio de la *laura*, de lo cual cuidó él mismo, á fin de que sus religiosos, teniendo, por su cuidado, cuanto necesitaban, no tuvieran necesidad de salir de la *laura*, y de comerciar con el mundo. Por este medio se conservaban mejor en el espíritu de retiro; y no estando ocupados en los bienes temporales, no se empleaban más que en buscar los eternos.

Por mas que desease que se celebrasen los santos Misterios en la vasta caverna de que venimos hablando, dife-



rió sin embargo su dedicación, temiendo no se tomara ocasión de ahí para hacerlo sacerdote; pues se tenía por indigno del sacerdocio, y no quería que ninguno de sus discípulos aspirara á la clericatura, considerando este deseo como un sentimiento de ambición que debían echar de su corazón. Se contentó, pues, aguardando, con edificar encima de este antra una torre en la que se retiró, al cual comunicaba por una pequeña escalera en forma de espiral, por la que bajaba para rezar el oficio y hacer las funciones del servicio divino.

Creciendo su reputación, aumentó también el número de sus discípulos; y muchos de los que iban á ponerse á sus órdenes le llevaban considerables sumas de dinero, del cual empleaba la mayor parte en los edificios necesarios para los postulantes y los extranjeros, sabiendo que era agradable á Dios. Ningún religioso lo echaba á mal, sobre todo sabiendo que contaba con la aprobación del patriarca Martirio, quien lo había conocido en ocasión de san Eutimio, y le amaba mucho; pero después de la muerte de este patriarca, algunos de ellos manifestaron el descontento que hasta entonces habían ocultado en su corazón, y hasta tuvieron el atrevimiento de ir á pedir á Salustio, sucesor de Martirio, un superior para gobernarlos.

Salustio, prelado en extremo discreto, de momento fingió no conocerlos. Les preguntó en que desierto habitaban « Moramos, le respondieron, en la soledad del torrente. » « ¿Qué torrente? dijo el patriarca, para obligarles á explicarse mejor ». « El torrente, respondieron, que algunos llaman del abad Sabas. » Esta manera de responder hizo ver bastante que habían querido sorprender al patriarca, quien también les preguntó donde estaba el abad Sabas; pero sin dar una respuesta directa, replicaron que este era un hombre grosero y sin talento, incapaz para gobernar un monasterio, y que era escrupuloso hasta tal punto, que no

quería ser sacerdote, ni quería que se confiriera esta orden á ninguno de sus religiosos.

Cerico, sacerdote de la santa Resurrección y guardián de la santa Cruz, estaba con el patriarca. Tomó la palabra, y les dijo: « ¿ Sois vosotros los que recibisteis al abad Sabas en la laura, ó es él quien os recibió á vosotros? » — « Es verdad, respondieron, que es él quien nos recibió en ella; pero como es un hombre muy estúpido, no está en condiciones de gobernarnos ahora que la comunidad se ha aumentado. » — Vosotros convenís, replicó Cerico, que es él quien os ha atraído, y quien con sus cuidados y trabajos ha vuelto este desierto habitable; ¿ con cuánta más razón está en situación de dirigiros ahora que estáis todos reunidos en la laura como en una ciudad? ¿ El Señor que le ha asistido para reuniros y albergaros, le negará sus luces para gobernaros? »

El patriarca les dijo que volvieran al día siguiente que les daría una respuesta positiva, y sin saberlo ellos hizo comparecer á san Sabas, como que le debiera hablar de algún asunto. Así que el Santo hubo llegado, mandó llamar á los descontentos, le ordenó de presbítero en su presencia, y les dijo: Hé aquí vuestro padre y vuestro superior. Ha sido establecido en este cargo, no por la elección de los hombres, sino por la del mismo Dios; y yo, imponiéndole las manos, no he hecho más que prestar mi ministerio al Espíritu Santo quien lo ha escogido. » Enseguida los condujo todos á la laura, acompañado de Cerico, donde consagró la iglesia de que hemos hablado, y puso las reliquias de muchos santos Mártires debajo del altar. Esto tuvo lugar al principio del imperio de Atanasio, el 12 de diciembre, teniendo san Sabas cincuentay tres años de edad.

En el mismo año, el Señor, que había probado á su siervo con la contradicción de estos falsos hermanos, le compensó con la llegada de un Armenio, llamado Jere-



mías, quien estaba ya ejercitado en la vida monástica, pues también trajo consigo dos de sus discípulos. Este era un hombre de una piedad eminente, á quien Dios había enriquecido con sus dones. Sus dos discípulos llevaban el nombre de dos apóstoles, san Pedro y san Pablo, y marchaban fielmente sobre las huellas de su padre Jeremías. Sabas los recibió como un presente que el cielo le hacía. Los hospedó en una celda situada al norte de la caverna que él primeramente había habitado cuando moraba solo en este desierto. También les dió un pequeño oratorio, en el cual se reunían para rezar el oficio divino en su idioma; y por eso atraieron á muchos sujetos de su nación, quienes formaron una laura considerable. El monje Cirilo dice que Pablo, uno de los discípulos de Jeremías, por su virtud se hizo uno de los más célebres religiosos de la grande laura. Vivía en su tiempo, y le relató cosas maravillosas de nuestro Santo, y muchos hechos que sobre su testimonio ha referido en su historia.

Se dió á la iglesia de san Sabas el nombre de Teutista, como habiendo sido edificada por orden de Dios y el mismo año en que Salustio hizo su dedicación, el Espíritu Santo, dice Cirilo, condujo á la laura al bienaventurado Juan el Silencioso, quien, de obispo que era, quiso volverse allí un humilde religioso. Este historiador también asegura haber aprendido de él muchas particularidades de la vida de san Eutimio y de san Sabas; lo que hace ver que en una y otra historia no refiere más que lo que vió, ó aquello que aprendió de testigos muy respetables y todos oculares: el obispo Juan tenía entonces trentiocho años. Con el tiempo fué padre espiritual de Cirilo, el cual también escribió su vida, de que hablaremos en su lugar.

Dice de nuestro santo, entre otras muchas cosas, que se aplicaba particularmente en imitar la conducta de san Eutimio, y que todos los años, á su ejemplo, pasaba la cuares-

ma retirado en el fondo del desierto, con la diferencia, que san Eutimio se retiraba á él ordinariamente después de la octava de los Reyes, y san Sabas sólo lo hacía después de haber celebrado la fiesta de san Antonio. En una de estas retiradas, que hacía cerca del mar Muerto, vió una pequeña isla que le pareció muy propia para secundar su gusto al recogimiento, y quiso pasar allí la santa cuaresma; pero el demonio, enfurecido por su fervor, le hizo caer en un hoyo lleno de azufre encendido; de suerte que salió con la piel toda quemada y le hizo sufrir mucho. Su rostro quedó por ello tan desfigurado, que á su regreso al monasterio, los hermanos sólo por el acento de su voz le pudieron reconocer. Muy lejos de afligirse por este accidente, rindió á Dios acciones de gracias; sobre todo porque teniendo la cara quemada, no tenía que temer la vana complacencia que algunas veces inspira un exterior venerable.

Al año siguiente entró al fondo del desierto con uno de sus discípulos llamado Agapeto. Este una noche se había dormido sobre la tierra nuda, como acostumbraban hacerlo donde la noche los sorprendía. Mientras estaba en profundo sueño, un león colosal se acercó á él y le olfateó de piés á cabeza. A la sazón san Sabas hacía su oración, y Dios le dió á conocer el peligro en que se hallaba su discípulo de ser devorado por esta cruel bestia. Imploró su divina bondad en su favor, y su oración fué como un golpe de látigo que puso en fuga á este monstruoso animal. Agapeto subitamente se despertó, y viendo el peligro, corrió á refugiarse cerca del Santo, de donde tomó ocasión para advertirle que no se dejara arrastrar tan fácilmente por el sueño, y que velara así mismo en la guarda de su corazón.

En otra de sus retiradas Dios le hizo la gracia de descubrir un santo anacoreta bien esclarecido por el espíritu de Dios, como se vió por lo que vamos á decir. Fué san Juan el Silencioso quien lo contó al monje Cirilo, como le había